

R

**LAS CHICAS
AL FRENTE**

**La verdadera
historia de
la revolución
Riot Grrrl**

G

i

R

O

T

R

R

L

**Sara
Marcus**

Traducción de Ibon Errazkin

CONTRA

Girls to the Front

© 2010, Sara Marcus

Publicado según acuerdo con Harper Perennial, un sello de HarperCollins Publishers.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño: Carles Murillo

Maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Mayo de 2023

© 2023, Contraediciones, S.L.

c/ Elisenda de Pinós, 22

08034 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2023, Ibon Errazkin, de la traducción

© Brad Sigal, de la foto de la contracubierta: Kathleen Hanna y Kathi Wilcox de Bikini Kill.
16 de noviembre de 1991, St. Stephens Church, Washington D.C.

Muchas gracias a las siguientes personas por el permiso para reproducir las imágenes: Pat Graham, págs. 22, 181, 195; Allison Wolfe, pág. 100; Molly Neuman, pág. 103; Lee Snider/ Photo Images, cortesía de Fales Library, New York University, pág. 175; Mary Margaret Fondriest, pág. 206; Ananda La Vita, pág. 217; May Summer Farnsworth y Billie Rain, pág. 271; Susan Now, pág. 280, y Ann Carroll, pág. 330.

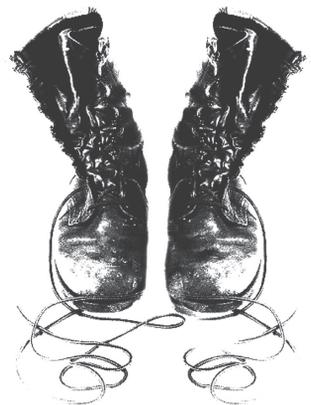
ISBN: 978-84-18282-90-4

Depósito Legal: B 8584-2023

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para mis padres y para todas las rebeldes



ÍNDICE

Yo iba a ser una de ellas

(Nota de la autora)

9

Prólogo: Un movimiento de masas

21

PRIMERA PARTE (1989-92)

1. Double Dare Ya: el nacimiento de Bikini Kill

43

2. Sal a jugar conmigo: Los comienzos de Bratmobile

71

3. Verano de la revolución al estilo de las chicas... ¡ahora!

93

4. Cuando ella habla, oigo la revolución

127

5. Bandas de chicas al poder

151

SEGUNDA PARTE (1992-93)

6. Las convenciones

167

7. Bombardeo mediático

203

**8. «La prensa necesita una voz
para un movimiento»**

237

9. «¿Y qué es eso del Riot Grrrl?»

253

10. Todas las chicas son riot grrrls

275

11. «Esto está ocurriendo sin tu permiso»

297

TERCERA PARTE (1993-94)

12. El alma de cada chica

323

13. Una revolución muy cruel

347

Epílogo: El futuro feminista

379

Posdata

385

Agradecimientos

391

Bibliografía

394

Notas

399



Yo iba a ser una de ellas

(NOTA DE LA AUTORA)

Me perdí los primeros años del Riot Grrrl. En verano de 1991, cuando no muy lejos de mi casa a las afueras de Maryland ya había chicas hablando de revolución, yo tenía 14 años y estaba en un campamento de teatro. En nuestro montaje de *El mago de Oz* yo era la bruja buena que sale casi al final y le dice a Dorothy que si quiere encontrar el camino de regreso a casa, basta con que crea en sí misma. Llevaba un vestido de graduación de satén rosa y salía al escenario metida en un loto de madera de dos metros y medio, de color entre rosáceo y lavanda. Las tramoyistas, que tenían 16 años y eran muy brutas, llamaban a mi vehículo la Gran Vulva Violeta. Cada noche me encerraban en la vulva y esperaba la señal para salir, envuelta en sombras de ese color rosa que ves cuando cierras los ojos y aún sientes un fulgor al otro lado de los párpados, esperando a que lo mires.

Ese verano, pocas semanas después de terminar *El mago de Oz*, fui a una tienda de ropa, un Ross Dress for Less. Me metí en el probador con algunas camisas mientras mis padres echaban un vistazo a las prendas colgadas fuera de la tienda, y el dependiente, un chico de apenas 20 años, entabló conversación conmigo. Charlamos a través de la cortina; yo respondía despreocupadamente a sus preguntas mientras desechaba una camiseta e intentaba decidirme por una camisa de cuadros, y entonces él dijo algo que dio a entender sin lugar a dudas —de manera explícita o implícita, no estoy segura, pero el sentido era evidente— que quería follarme.

Me quedé helada en aquel diminuto cubículo, los brazos aún metidos en la camisa que acababa de desechar, las manos embutidas en el cuello. Pensé que iba a vomitar allí mismo sobre la moqueta gris de puntitos.

—Tus padres se han ido —dijo—. No pueden oírnos.

¿O dijo «No pueden oírte»?

La amenaza que sentí en su voz tal vez fuera real. O tal vez fuera una sombra proyectada por la amenaza que, según me habían enseñado, representaban para las chicas (sobre todo a partir de los 13 años) casi todos los hombres en casi todo momento. Había recibido incontables lecciones sobre peligros y precauciones, y ahora estaba viviendo el peor de los escenarios imaginables: encerrada, desnuda de cintura para arriba, cerca de un hombre que quería violarme y separada de mi posible atacante tan solo por una cortina de lona.

Tal vez pudiera vomitarle *encima*. Había oído que eso a veces funcionaba.

—¿Has encontrado algo, Sara?

¡Era mi madre! Salí agradecidísima a reunirme con ella junto al espejo de tres puertas, con las camisas y las perchas pegadas al cuerpo a modo de torpe armadura.

Nunca volví a verme tan cerca de correr verdadero peligro sexual, pero durante años estuve muy alerta. Me corroía la culpa por haber incitado en cierto modo a aquel dependiente; a él y a Peter, el alto tamborilero de la banda escolar que una mañana me empujó contra la taquilla en un pasillo vacío y me retuvo allí durante un minuto aterrador, hasta que me liberaron los pasos cercanos de un profesor. Nunca hablé con nadie de estos incidentes. En ambos casos sentí que habían sido culpa mía.

Viví la adolescencia femenina como un constante peligro: el desastre siempre parecía estar al acecho, relamiéndose, aguardando su oportunidad. Mis primeros años de adolescente los pasé triste, alienada, aislada. Y estaba segura de que yo era la única que se sentía así.

No es de extrañar que pensara eso. No tenía grupo social, no pertenecía a nada. Había dejado las clases de teatro cuando la vicepresidenta, una chica bajita y jovial que vestía de terciopelo y olía a pachuli, me dijo que los tímidos besos que nos habíamos dado en el Chevy Suburban de su madre iban contra los planes que tenía Dios para ella. Al separarme de la única tribu que había conocido, anduve sin rumbo; demasiado rara para el grupo de los listos, demasiado responsable para los rebeldes de pelo morado que a la hora del almuerzo se juntaban para fumar detrás del gimnasio.

Empecé a escaparme a D.C.¹ los fines de semana; cogía el metro en la última parada de los suburbios. Un tramo corto de una autopista de ocho carriles iba a morir al aparcamiento sin árboles de la estación de Shady Grove y, cada vez que mis padres me dejaban allí, era un placer encontrarme los trenes esperando, como enormes bestias en reposo sobre las vías de tensión mortal.

1. Washington (iniciales de «District of Columbia»). [*Todas las notas son del traductor.*]

Cuando al fin se ponían en movimiento resultaba emocionante; era como saltar por un acantilado.

En el instituto comía sola en un pasillo vacío y luego daba cabezadas en un rincón de la biblioteca, refugiada entre los libros sobre feminismo y la salida de emergencia. El día a día se me hacía agotador.

Necesitaba con urgencia algo que me salvara, o me ayudara a salvarme.

La primera vez que oí hablar del Riot Grrrl fue en otoño de 1992. Había vuelto a casa después de otra deprimente jornada de cuarto de secundaria y estaba echando un vistazo al correo, de pie ante la mesa de la cocina, cuando un artículo del nuevo número de *Newsweek* me cogió de los brazos y me pegó una buena sacudida. Se titulaba «Revolución al estilo de las chicas» y comenzaba narrando una escena de una chica que se enfrenta a un acosador sexual en el colegio: «¡No me toques a mí ni a mis amigas!». A continuación hablaba de una red nacional de feministas adolescentes que se unían para apoyarse entre sí, luchar contra compañeros de clase acosadores y hablar de todo tipo de asuntos, «desde cómo afinar una guitarra hasta salir del armario». Según el artículo, estas chicas eran «sexis, resueltas y atrevidas». Yo no era sexi ni tenía mucho interés en serlo, pero recordé que durante una época, en primaria y más tarde ocasionalmente, *había sido* resuelta y atrevida, y echaba de menos serlo.

Leí el artículo dos veces sin llegar siquiera a sentarme. Decía que las riot grrrls habían celebrado poco antes una convención en Washington D.C. ¿Cómo era posible? ¿Había chicas que podían entenderme en la zona donde yo vivía?

Cuando mi madre llegó a casa y leyó el artículo, dijo que no creía que ese movimiento pudiera tener mucho interés para mí.

Nunca en mi vida había deseado algo con tantas fuerzas.

Tenía tan cerca a las riot grrrls que a veces me parecía oler el tinte magenta de su pelo. ¿Y si hubiera alguna en mi instituto? Pero en aquella época previa a internet mis pesquisas no dieron resultado. Durante cuarto y quinto de secundaria estuve atenta a la sección de estilo del *Washington Post* y los anuncios clasificados de «contactos» del *City Paper*, y busqué «Riot Grrrl» en la guía telefónica de D.C. y en el tablón de anuncios de una librería feminista del centro que había empezado a frecuentar los fines de semana, donde leía a Alison Bechdel y Luce Irigaray. No encontré nada.

Pero ese artículo me había dado una idea. Ya que no localizaba a las riot grrrls, iba a ser feminista de otra manera. Entrevisté para un trabajo de clase a la coordinadora de secciones de la National Organization for Women, quien me animó a formar un grupo en el instituto. Lo hice inmediatamente. El club atrajo a decenas de miembros y otros tantos detractores, que expresaban su desaprobación atacando nuestros carteles en el tablón de anuncios (la frase «FEMINISMO: LA IDEA RADICAL DE QUE LAS MUJERES SON ¡PERSONAS!» fue desfigurada a golpe de rotulador) y gritándonos «¡Bolleras!» cuando pasaban corriendo por la puerta de la sala donde nos reuníamos.

La mayoría de las integrantes del club temía los conflictos, así que evitábamos riesgos: montamos una serie de eventos matutinos para el Mes de la Historia de las Mujeres, organizamos un taller de autodefensa y pusimos en el tablón de anuncios un mensaje conciliador y un tanto suplicante: EL FEMINISMO ES PODER ELEGIR. Pero estas acciones estaban muy lejos de reflejar lo que había sentido en el probador de Ross Dress for Less, o lo que sentía cuando leía noticias sobre restricciones para abortar, suspensiones de becas a mujeres y gays en el mundo del arte, o el escándalo de la adolescente a la que desnudó un grupo de oficiales de la Marina en la convención de Tailhook en Las Vegas. O

el día que un tenor muy popular en el instituto vino a un ensayo del coro con una camiseta que decía: LA PERSONA QUE LLEVA ESTA CAMISETA ES POLICÍA. ASÍ QUE TÚMBATE Y HAZ TODO LO QUE TE DIGA ESTE SIMPÁTICO POLICÍA.

Cuando vi esa camiseta estuve a punto de echarme a llorar, y luego me entraron ganas de darle un puñetazo. Procurando no perder la compostura y abordarle de manera productiva, me acerqué y le dije: «Tu camiseta me ofende profundamente».

Me respondió poniendo una voz aguda y femenina: «Tu camiseta sí que me ofende profundamente», y se alejó riéndose. Mi camiseta era lisa y de color verde.

Cuanto más intentaba sublimar mi furia en la diplomática y aceptable retórica de «elegir», más frustrada me sentía. Me sentía sola incluso dentro de la NOW. El artículo de *Newsweek* decía que las riot grrrls «han sido quizá las primeras feministas en identificar su rabia y utilizarla a una edad muy temprana». Muy bien, yo había identificado la mía. Pero, ¿cómo iba a utilizarla yo sola?

A comienzos de 1993 encontré al fin la dirección de la sección del Riot Grrrl de D.C. Venía impresa en *off our backs*, una veterana publicación feminista que había descubierto en mis visitas semanales a la librería feminista. Las mujeres del colectivo *oob* seguían maquetándola a mano e imprimiéndola en frágil papel de periódico, como si todavía estuviéramos en 1973. Pero una de ellas entrevistó a unas cuantas riot grrrls y dio el apartado de correos del grupo.

Por fin, por fin: las había encontrado. Les envié una carta muy efusiva. Durante meses no hubo respuesta.

Finalmente me llegó un sobre con tres *flyers* fotocopiados. En uno de ellos decía (entre otras cosas):

Muy bien, yo propongo que esas chicas que quieren cambiar las cosas empiecen a escribir cosas en sus/nuestras manos. Un rotulador es más que suficiente. Puedes dibujar corazones o estrellas o escribirte palabras en los dedos, lo que sea, de esa forma las chicas que estén a favor de la revolución podrán identificarse entre sí.

Me había convertido en un agente secreto que recibía pistas e instrucciones intermitentes desde un cuartel desconocido. Los comunicados empezaron a llegar con más frecuencia. Yo correspondía; me dibujaba estrellas torcidas en el dorso de la mano, deslizándolo por las alargadas crestas de mis huesos. En la última articulación de los dedos, la más larga, me escribí una letra en cada nudillo: R-I-O-T en la derecha, G-I-R-L en la izquierda. Así iba en el autobús, en el metro, a los museos, a clase. Esperaba encontrarme a otra como yo; esperaba encontrarme a un montón de ellas. Esperaba que toda una banda me parara y me dijera: «Tú, vente con nosotras».

El profesor de piano me dijo que me lavara las manos.

Releía los *flyers* una y otra vez. En uno de ellos decía lo siguiente:

Riot Grrrl D.C. se reúne todos los domingos a las tres de la tarde en Positive Force House, la casa amarilla en Arlington, 3510 8th Street N., junto a la parada de metro de Virginia Square.

Pero me daba miedo ir. Temía que estas chicas fueran demasiado espabiladas para mí y que aquello fuera el fin de mis esperanzas.

Una amiga de una amiga me pasó una cinta de Bikini Kill —yo sabía que era un grupo relacionado de algún modo con el Riot Grrrl—, y durante una temporada fue la única música que existía: aquel bajo que te sacudía el cuerpo entero, la voz de

Kathleen Hanna cantando con toda la furia concentrada de una boca de incendio: «*Dare you to do what you want! Dare you to be who you will!*»².

El decisivo empujón final llegó, curiosamente, gracias a un collar: un colgante ovalado del tamaño de un reloj de pulsera, recortado en plástico muy cutre, con las palabras RIOT GRRRL y unas cuantas estrellas dibujadas a mano. Lo llevaba una chica en un concierto del coro de un instituto cercano, y entonces caí en la cuenta de que la conocía: habíamos ido juntas a clase en primaria. Le pregunté por esas reuniones, y me dijo que tenía que ir a una. Elegí un domingo y lo apunté en el calendario.

Tres días antes del domingo elegido, en abril de 1994, el cadáver de Kurt Cobain fue hallado en un invernadero de Seattle. Recordé que en *Newsweek* hablaban de Courtney Love, ahora viuda de Cobain, como la «santa patrona» de las riot grrrls, pero yo nunca había hecho mucho caso a Nirvana ni a Hole, el grupo de Love. Estuve a punto de quedarme en casa por miedo a que la reunión fuera un velatorio y aquello me separara de las otras chicas ya desde el primer día.

Pero a pesar de todo fui, y cuando por fin crucé el umbral de la Positive Force House y entré al salón del primer piso, comprendí que allí a nadie le importaban mucho Nirvana ni Hole. Hablamos de acoso sexual por parte de compañeros de clase y profesores, de enamorarse de chicos y chicas, de nuestras marcas favoritas de compresas y helados, de lo indignantes que eran las historias e imágenes sexistas que salían en prensa y televisión. No todas las asistentes eran punks ni todas tocaban en grupos, y aunque eran las chicas más espabiladas que había conocido en mi vida, lo eran de una forma que, en vez de excluirme, me atraía. Eran valientes, descaradas y fuertes; a aquel dependiente

2. ¡Atrévete a hacer lo que quieras! ¡Atrévete a ser lo que quieras!

del probador le habrían dado un buen sopapo, y habrían decorado el tablón de anuncios del club de la NOW con frases como SI TÚ NO FUERAS TAN GILIPOLLAS, YO NO TENDRÍA QUE SER FEMINISTA. Yo iba a ser una de ellas.

Hablando con estas chicas empecé a entender que no tenía por qué estar tan triste. De acuerdo que hasta cierto punto la adolescencia siempre iba a ser una época terrible, pero no de esa manera. La dureza y el tono específico de las amarguras adolescentes eran un asunto político, y por tanto modificable. Si me sentía desvalida no era porque fuera débil, sino porque vivía en una sociedad que había robado el poder a las chicas. Si los chicos me acosaban no era porque yo les incitara, sino porque les habían enseñado que era algo aceptable, y nadie iba a impedirlo. La culpa no era mía, y podíamos unirnos para luchar contra ello.

Por primera vez en años, supe que todo iba a ir bien.

El Riot Grrrl DC había celebrado casi todas sus reuniones desde 1991 en la misma casa de Arlington, una especie de comuna veterana de activistas punks. En la entrada, debajo de la escalera, había un archivador metálico de metro y medio de altura que contenía reliquias de la historia del Riot Grrrl, y un domingo que llegué muy pronto a una reunión abrí uno de sus cajones, me agaché bajo la escalera y me puse a estudiar aquellos archivos hasta que noté que me empezaban a doler las rodillas y se me dormían los pies. Encontré listas de teléfonos con nombres de chicas desconocidas. Encontré actas de antiguas reuniones, agendas con fechas de convenciones, directorios de las secciones de todo el país y plantillas de cartón manchadas de aerosol. Encontré originales de viejos fanzines hechos a mano, con las esquinas del papel pegado un poco levantadas, libres del pegamento ya seco. Encontré cajones llenos de cartas de chicas como yo,

que se habían topado con la dirección del grupo y habían escrito buscando ánimos, esperanza, conexión.

Encontré también un grueso álbum de fotos de chicas en fiestas de pijamas, chicas en conciertos, chicas manifestándose en el Capitolio, chicas jugando al croquet en toples en el National Mall. Contemplé sus rostros durante esos minutos de tranquilidad previos a la reunión. ¿Quiénes eran? ¿Qué había sido de las personas de aquella lista de teléfonos? ¿Qué había sido de las otras secciones del movimiento? Esos archivos me fascinaban. Las entradas más recientes serían de unos seis meses antes; otras se remontaban como mucho a un par de años. Pero el pasado que dejaban intuir parecía muy lejano: mitad leyenda, mitad espejismo.

Pasaron los años. En ese tiempo publiqué doce números de un fanzine, toqué en un grupo, fui a la universidad, formé otro grupo, salí de gira con él y empecé a escribir sobre música y política en revistas y periódicos. A finales de los noventa alguien me dijo que el apartado de correos del Riot Grrrl DC se había cerrado y ya no se celebraban reuniones semanales. Noté que se empezaba a hablar del Riot Grrrl en pasado. Para algunos era un movimiento feminista radical de chicas jóvenes, pero en general se veía como una escena musical, una moda ya pasada: en el mejor de los casos, una época de apertura a un tipo de cantantes femeninas muy enérgicas; en el peor, una ideología basada en tocar mal y vestirse de una manera determinada. Una riot grrrl era una chica que tocaba la guitarra con un estilo rudimentario; era un género, como el rockabilly o el grindcore. En internet podías encontrar un traje de «Riot Grrrl» para Halloween (tallas infantiles de la ocho a la diez) que parecía el uniforme de una *cheerleader* gótica con botas espaciales. Ni siquiera los libros feministas sobre género y rock valoraban los aspectos políticos del movimiento; sospecho que en el fondo eran incapaces de conce-

der importancia a unas adolescentes. La verdad sobre el movimiento estaba quedando enterrada. Era necesario que alguien dejara las cosas claras o al menos intentara inclinar la balanza en dirección contraria. Entonces me di cuenta de que *yo* podía ser la persona que recopilara todas esas historias. Y de nuevo salí en busca de las riot grrrls.

He dedicado cinco años a investigar para este libro, viajando por todas partes para entrevistar a personas que localicé a través de amigas de amigas en internet, explorando colecciones personales de artefactos y también archivos de instituciones, rastreando revistas musicales británicas y viejas hojas informativas feministas. Habían pasado diez años desde el último número de mi fanzine y mi última convención del Riot Grrrl, pero en ningún momento había perdido la curiosidad que sentí al husmear en aquel archivador de Arlington mientras se me dormían los dedos de los pies. Sí que había perdido un poco la sensación adolescente de estar entregada a algo hermoso y vital con mis amigas y mis contactos por carta; la conciencia de que muchos de nuestros retos emocionales (las dudas sobre una misma, la confusión, la tristeza) no eran producto de un fracaso personal, sino de fuerzas políticas y sociales, y que podíamos combatir las *como tales*; la convicción de que podíamos cambiar el mundo de verdad, como rezaba uno de los manifiestos del movimiento, e íbamos a hacerlo. Trabajando en este libro volví a conectar con esta convicción y descubrí también que, para muchas personas, su experiencia con el Riot Grrrl fue mucho más conflictiva que mi radiante epifanía. Los defectos del movimiento, las rencillas personales (y políticas) que no hubo forma de evitar, resultaron ser mucho más destructivas de lo que había percibido desde mi limitada posición. A veces no es malo estar a cierta distancia del centro de una explosión cultural; puede que el impacto sea menor, pero las quemaduras no son tan graves. Este libro cuenta la

historia del Riot Grrrl a través de la vida de una serie de figuras centrales, músicas o no; mujeres jóvenes que vivieron los comienzos del movimiento o participaron en él de forma especialmente intensa o duradera. Pero también hubo miles y miles cuyas historias tan solo aparecen sugeridas, y cuyas vidas quedaron para siempre marcadas por el ascendente del Riot Grrrl en los años noventa.

Creo que muchos valores fundamentales del movimiento son tan necesarios ahora como lo eran entonces. Los primeros años noventa fueron tiempos difíciles para las mujeres, sobre todo para las más jóvenes, y las cosas no han cambiado demasiado en décadas posteriores. En todo este tiempo, sin embargo, no ha surgido nada que se enfrente al sexismo con la milésima parte de la furia y la motivación profética del Riot Grrrl. El absolutismo militante de la adolescencia siempre acaba por suavizarse, y así debe ser. Pero seguimos necesitando ese idealismo, esa energía, el valor de decir que las cosas son políticas cuando son políticas e inaceptables cuando son inaceptables, la determinación de moldear nuestras vidas y comunidades a nuestra manera. Contar estas historias es solo el comienzo.